

Su gloria vana y vanas pretensiones.
 Crecian los intereses y malicia
 A costa del sudor y daño ajeno,
 Y la hambrienta y misera codicia
 Con libertad paciendola iba sin freno:
 La ley, derecho, el fuero y la justicia
 Era lo que Valdivia habia por bueno,
 Remiso en graves culpas y pladoso,
 Y en los casos livianos riguroso.
 Así el ingrato pueblo castellano
 En mal y estimacion iba creciendo,
 Y siguiendo el soberbio intento vano
 Tras su fortuna próspera corriendo;
 Pero el Padre del cielo soberano
 Atajó este camino, permitiendo
 Que aquel á quien él mismo puso el yugo,
 Fuese el cuchillo y áspero verdugo.
 El estado araucano acostumbrado
 A dar leyes, mandar y ser temido,
 Viéndose de su trono derribado,
 Y de mortales hombres oprimido;
 De adquirir libertad determinado
 Reprobando el subsidio padecido,
 Acude al ejercicio de la espada
 Ya por la paz ociosa desusada.
 Dieron señal primero y nuevo tiento,
 Por ver con qué rigor se tomaria,
 En dos soldadós nuestros, que á tormento
 Mataron sin razon y causa un dia:
 Disimulóse aquel atrevimiento,
 Y con esto crecióles la osadia;
 No aguardando á mas tiempo, abiertamente
 Comienzan á llamar y juntar gente.
 Principio fué del daño no pensado
 El no tomar Valdivia presta enmienda
 Con ejemplar castigo del estado;
 Pero nadie castiga en su hacienda;
 El pueblo sin temor, desvergonzado,
 Con nueva libertad rompe la rienda
 Con nueva libertad rompe la rienda
 Del homenaje hecho y la promesa,
 Como el segundo canto aqui lo expresa.

CANTO II.

Pónese la discordia que entre los caciques de Arauco hubo sobre la eleccion de capitán general, y el medio que se tomó por el consejo del cacique Colocolo, con la entrada que por engaño los bárbaros hicieron en la casa fuerte de Tucapel, y la batalla que con los españoles tuvieron.

Muchos hay en el mundo que han llegado
 A la engañosa alteza desta vida,
 Que fortuna los ha siempre ayudado,
 Y dádoles la mano á la subida;
 Para despues de haberlos levantado
 Derribarlos con misera caida,
 Cuando es mayor el golpe y sentimiento,
 Y menos el pensar que hay mudamiento.
 No entienden con la próspera bonanza
 Que el contento es principio de tristeza,
 No miran en la súbita mudanza
 Del consumidor tiempo y su presteza;
 Mas con altiva y vana confianza
 Quieren que en su fortuna haya firmeza,
 La cual de su aspereza no olvidada
 Revuelve con la vuelta acostumbrada.
 Con un revés de todo se desquita,
 Que no quiere que nadie se le atreva;
 Y mucho mas que da siempre les quita,
 No perdonando cosa vieja y nueva:
 De crédito y de honor los necesita;
 Que en el fin de la vida está la prueba,
 Por el cual han de ser todos juzgados,
 Aunque lleven principios acertados.
 Del bien perdido al cabo ¿qué nos queda,
 Sino pena, dolor y pesadumbre?
 Pensar que en él fortuna ha de estar queda
 Antes dejará el sol de darnos lumbre:
 Que no es su condicion fijar la rueda,

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Y es malo de mudar vieja costumbre.
El mas seguro bien de la fortuna
Es no haberla tenido vez alguna.

Esto verse podrá por esta historia,
Ejemplo dello aquí puede sacarse,
Que no bastó riqueza, honor y gloria,
Cen todo el bien que puede desearse,
Á llevar adelante la vitoria;
Que el claro cielo al fin vino á turbarse,
Mudando la fortuna en triste estado
El curso y órden próspera del hado.

La gente nuestra ingrata se hallaba
En la prosperidad que arriba cuento,
Y en otro mayor bien que me olvidaba,
Hallado en pocas casas, que es contento :
De tal manera en él se descuidaba,
Cierta señal de triste acaecimiento,
Que en una hora perdió el honor y estado,
Que en mil años de afan habia ganado.

Por dioses, como dije, eran tenidos
De los indios los nuestros; pero olieron
Que de mujer y hombre eran nacidos,
Y todas sus flaquezas entendieron:
Viéndolos á miserias sometidos
El error ignorante conocieron,
Ardiendo en viva rabia avergonzados
Por verse de mortales conquistados.

No queriendo á mas plazo diferirlo,
Entre ellos comenzó luego á tratarse,
Que para en breve tiempo concluirlo,
Y dar el modo y órden de vengarse,
Se junten á consulta á definirlo;
Do venga la sentencia á pronunciarse
Dura, ejemplar, cruel, irrevocable,
Horrenda á todo el mundo y espantable.

Iban ya los caciques ocupando
Los campos con la gente que marchaba;
Y no fué menester general bando,
Que el deseo de la guerra los llamaba
Sin promesas, ni pagas, deseando
El esperado tiempo que tardaba
Para el decreto y áspero castigo
Con muerte y destruicion del enemigo.

De algunos que en la junta se hallaron
Es bien que haya memoria de sus nombres,
Que siendo incultos bárbaros ganaron
Con no poca razon claros renombres :
Pues en tan breve término alcanzaron
Grandes vitorias de notables hombres,
Que dellas darán fe los que vivieren,
Y los muertos allá donde estuvieren.

Tucapel se llamaba aquel primero
Que al plazo señalado habia venido :
Este fué de cristianos carnicero,
Siempre en su enemistad endurecido:
Tiene tres mil vasallos el guerrero
De todos como rey obedecido.
Ongol luego llegó, mozo valiente,
Gobierna cuatro mil, lucida gente.

Cayocupil, cáci que bullicioso,
No fué el postrero que dejó su tierra,
Que allí llegó el tercero, deseoso
De hacer á todo el mundo él solo guerra :
Tres mil vasallos tiene este famoso
Usados tras las fieras en la sierra.
Millarapué, aunque viejo, el cuarto vino,
Que cinco mil gobierna de continuo.

Paicabí se juntó aquel mismo dia,
Tres mil diestros soldados señorea:
No léjos Lemolemo dél venia,
Que tiene seis mil hombres de pelea.
Mareguano, Gualemo y Lebopia
Se dan priesa á llegar, porque se vea
Que quieren ser en todo los primeros :
Gobiernan estos tres tres mil guerreros.

No se tardó en venir pues Elicura,
Que al tiempo y plazo puesto habia llegado,
De gran cuerpo, robusto en la hechura,
Por uno de los fuertes reputado:
Dice que ser sujeto es gran locura
Quien seis mil hombres tiene á su mandado.
Luego llegó el anciano Colocolo,
Otros tantos y mas rige este solo.

Tras este á la consulta Ongolmo viene,
Que cuatro mil guerreros gobernaba.
Puren en arribar no se detiene,

Seis mil súbditos este administraba,
Pasados de seis mil Lincoya tiene,
Que bravo y orgulloso ya llegaba,
Diestro, gallardo, fiero en el semblante,
De proporción y altura de gigante.

Peteguelen, cacique señalado,
Que el gran valle de Arauco le obedece
Por natural señor, y así el estado
Este nombre tomó según parece,
Como Venecia pueblo libertado
Que en todo aquel gobierno mas florece
Tomando el nombre dél la señoría,
Así guarda el estado el nombre hoy día.

Este no se halló personalmente
Por estar impedido de cristianos;
Pero de seis mil hombres que él valiente
Gobierna, naturales araucanos,
Acudió desmandada alguna gente
A ver si es menester mandar las manos.
Caupolican el fuerte no venia,
Que toda Pilmaiquen le obedecia.

Tomé y Andalican también vinieron,
Que eran del araucano regimiento,
Y otros muchos caciques acudieron,
Que por no ser prolijo no los cuento.
Todos con leda faz se recibieron
Mostrando en verse juntos gran contento:
Después de razonar en su venida
Se comenzó la espléndida comida.

Al tiempo que el beber furioso andaba,
Y mal de las tinajas el partido,
De palabra en palabra se llegaba
A encenderse entre todos gran ruido:
La razón uno de otro no escuchaba;
Sabida la ocasión do había nacido,
Vino sobre cuál era el mas valiente
Y digno del gobierno de la gente.

Así creció el furor, que derribando
Las mesas de manjares ocupadas,
Aguijan á las armas, desgajando
Las ramas al depósito obligadas;
Y dellas se aperciben, no cesando
Palabras peligrosas y pesadas,

Que atizaban la cólera encendida
Con el calor del vino y la comida.
El audaz Tucapel claro decia
Que el cargo del mandar le pertenece,
Pues todo el universo conocia
Que si va por valor, qué lo merece:
Ninguno se me iguala en valentía,
De mostrarlo estoy presto si se ofrece,
Añade el jactancioso, á quien quisiere;
Y á aquel que esta razón contradijere...

Sin dejarle acabar, dijo Elicura:
A mí es dado el gobierno desta danza,
Y el simple que intentare otra locura
Ha de probar el hierro de mi lanza.
Ongolmo, que el primero ser procura,
Dice: «Yo no he perdido la esperanza
En tanto que este brazo sustentare,
Y con él la ferrada gobernare.»

De cólera Lincoya y rabia insano
Responde: «Tratar deso es devaneo,
Que ser señor del mundo es en mi mano
Si en ella libre este bastón poseo.»
«Ninguno, dice Angol, será tan vano,
Que ponga en igualármelo el deseo:
Pues es mas el temor que pasaria,
Que la gloria que el hecho le daría.»

Cayocupil furioso y arrogante
La maza esgrime haciéndose á lo largo,
Diciendo: «Yo veré quien es bastante
A dar de lo que ha dicho mas descargo:
Haceos los pretendores adelante,
Veremos de cuál dellos es el cargo;
Que de probar aquí luego me ofrezco,
Que mas que todos juntos le merezco.»

«Alto, sus, que yo acepto el desafío,
Responde Lemolemo, y tengo en nada
Poner á nueva prueba lo que es mío,
Que mas quiero librarlo por la espada:
Mostraré ser verdad lo que porfio
A dos, á cuatro, á seis en la estacada;
Y si todos cuestión quereis conmigo,
Os haré manifesto lo que digo.»

Puren que estaba aparte, habiendo oido

La plática enconosa y rumor grande,
 Diciendo, en medio dellos se ha metido,
 Que nadie en su presencia se desmande;
 «¿Quién á imaginar es atrevido,
 Que donde está Puren mas otro mande?»
 La grita y el furor se multiplica,
 Quién esgrime la maza, y quién la pica.

Tomé y otros caciques se metieron
 En medio destes bárbaros de presto,
 Y con dificultad los departieron,
 Que no hicieron poco en hacer esto:
 De herirse lugar aun no tuvieron,
 Y en voz airada, ya el temor pospuesto,
 Colocolo, el cacique mas anciano,
 A razonar así tomó la mano:

«Caciques, del estado defensores.
 «Codicia del mandar no me convida
 «A pesarme de veros pretendores
 «De cosa que á mi tanto era debida;
 «Porque segun mi edad, ya veis, señores,
 «Que estoy al otro mundo de partida;
 «Mas el amor que siempre os he mostrado
 «A bien aconsejaros me ha incitado.

«¿Por qué cargos honrosos pretendemos
 «Y ser en opinion grande tenidos,
 «Pues que negar al mundo no podemos
 «Haber sido sujetos y vencidos?
 «Y en esto averiguarnos no queremos
 «Estando aun de españoles oprimidos:
 «Mejor fuera esta furia ejecutalla
 «Contra el fiero enemigo en la batalla.

«¿Qué furor es el vuestro, ó araucanos,
 «Que á perdicion os lleva sin sentillo?
 «¿Contra nuestras entrañas teneis manos,
 «Y no contra el tirano en resistillo?
 «¿Teniendo tan á golpe á los cristianos,
 «Volveis contra vosotros el cuchillo?
 «Si gana de morir os ha movido,
 «No sea en tan bajo estado y abatido.

«Volved las armas y ánimo furioso
 «A los pechos de aquellos que os han puesto
 «En dura sujecion con afrentoso
 «Partido, á todo el mundo manifiesto;

«Lanzad de vos el yugo vergonzoso:
 «Mostrad vuestro valor y fuerza en esto:
 «No derrameis la sangre del estado,
 «Que para red mir nos ha quedado.
 «No me pesa de ver la lozania
 «De vuestro corazon, antes me esfuerza;
 «Mas temo que esta vuestra valentia
 «Por mal gobierno el buen camino tuerza:
 «Que vuelta entre nosotros la porfia,
 «Degolleis vuestra patria con su fuerza,
 «Cortad pues, si ha de ser desa manera,
 «Esta vieja garganta la primera.

«Que es a flaca persona atormentada
 «De golpes de fortuna, no procura
 «Sino el agudo filo de una espada,
 «Pues no la acaba tanta desventura:
 «Aquella vida es bien afortunada,
 «Que la temprana muerte la asegura;
 «Pero á nuestro bien público atendiendo,
 «Quiero decir en esto lo que entiendo.
 «Pares sois en valor y fortaleza,
 «El cielo os igualó en el nacimiento,
 «De linaje, de estado y de riqueza
 «Hizo á todos igual repartimiento;
 «Y en singular por ánimo y grandeza
 «Podeis tener del mundo el regimiento,
 «Que este gracioso don no agradecido
 «Nos ha al presente término traído.

«En la virtud de vuestro brazo espero
 «Que puede en breve tiempo remediarse;
 «Mas ha de haber un capitan primero,
 «Que todos por él quieran gobernarse:
 «Este será quien mas un gran madero
 «Sustentare en el hombro sin pararse;
 «Y pues que sois iguales en la suerte,
 «Procure cada cual ser el mas fuerte.»

Ningun hombre dejó de estar atento
 Oyendo del anciano las razones,
 Y puesto ya silencio al parlamento
 Hubo entre ellos diversas opiniones:
 Al fin, de general consentimiento,
 Siguiendo las mejores intenciones,
 Por todos los caciques acordado

Lo propuesto del viejo fué aceptado.

Podria de alguno ser aquí una cosa
Que parece sin término notada;
Y es, que en una provincia poderosa,
En la milicia tanto ejercitada,
De leyes y ordenanzas abundosa,
No hubiese una cabeza señalada
A quien tocase el mando y regimiento,
Sin allegar á tanto rompimiento.

Respondo á esto, que nunca sin caudillo
La tierra estuvo, electo del senado,
Que, como dije, en Penco el Ainavillo
Fué por nuestra nacion desbaratado;
Y viniendo de paz en un castillo
Se dice, aunque no es cierto, que un bocado
Le dieron de veneno en la comida,
Donde acabó su cargo con la vida.

Pues el madero súbito traído,
No me atrevo á decir lo que pesaba,
Era un macizo libano fornido
Que con dificultad se rodeaba:
Paicabi le aferró menos sufrido,
Y en los valientes hombros le afirmaba,
Seis horas lo sostuvo aquel membrudo,
Pero llegar á siete jamás pudo.

Cayocupil al tronco aguija presto,
De ser el mas valiente confiado,
Y encima de los altos hombros puesto
Lo deja á las cinco horas de cansado.
Gualemo lo probó, jóven dispuesto,
Mas no pasó de allí; y esto acabado,
Angol el grueso leño tomó luego,
Duró seis horas largas en el juego.

Puren tras él lo trujo medio día,
Y el esforzado Ongolmo mas de medio,
Y cuatro horas y media Lebopía,
Que de sufrirle mas no hubo remedio:
Lemolemo siete horas le traía,
El cual jamás en todo este comedio
Dejó de andar acá y allá saltando
Hasta que ya el vigor le fué faltando.

Elicura á la prueba se previene,
Y en sustentar el libano trabaja:

A nueve horas dejarle le conviene,
Que no pudiera mas, si fuera paja;
Tuapeló catorce lo sostiene,
Encareciendo todos la ventaja;
Pero en esto Lincoya apercebido
Mudó en un gran silencio aquel ruido.

De los hombros el manto derribando
Las terribles espaldas descubria,
Y el duro y grave leño levantando
Sobre el fornido asiento le ponía:
Corre ligero aquí y allí mostrando
Que poco aquella carga le impedia;
Era de sol á sol el día pasado,
Y el peso sustentaba aun no cansado.

Venia aprisa la noche aborrecida
Por la ausencia del sol; pero Diana
Les daba claridad con su salida,
Mostrándose á tal tiempo mas lozana;
Lincoya con la carga no convida,
Aunque ya despuntaba la mañana,
Hasta que llegó el sol al medio cielo,
Que dió con ella entonces en el suelo.

No se vió allí persona en tanta gente
Que no quedase atónita de espanto,
Creyendo no haber hombre tan potente
Que la pesada carga sufra tanto:
La ventaja le daban juntamente
Con el gobierno, mando y todo cuanto
A digno general era debido,
Hasta allí justamente merecido.

Ufano andaba el bárbaro contento
De haberse mas que todos señalado;
Cuando Caupolicán á aquel asiento,
Sin gente, á la ligera había llegado:
Tenia un ojo sin luz de nacimiento
Como un fino granate colorado;
Pero lo que en la vista le faltaba,
En la fuerza y esfuerzo le sobraba.

Era este noble mozo de alto hecho,
Varon de autoridad, grave y severo,
Amigo de guardar todo derecho,
Áspero, riguroso y justiciero,
De cuerpo grande y relevado pecho,

Hábil, diestro, fortísimo y ligero,
Sábido, astuto, sagaz, determinado,
Y en cosas de repente reportado.

Fué con alegre muestra recibido,
Aunque no sé si todos se alegraron;
El caso en esta suma referido
Por su término y puntos le contaron.
Viendo que Apolo ya se había escondido
En el profundo mar, determinaron
Que la prueba de aquel se dilatase
Hasta que la esperada luz llegase.

Pasábase la noche en gran porfia,
Que causó esta venida entre la gente,
Cuál se atiene á Lincoya, y cuál decia
Que es el Caupolicano mas valiente:
Apuestas en favor y contra habia,
Otros sin apostar dudosamente
Hacia el Oriente vueltos, aguardaban
Si los fébeos caballos asomaban.

Ya la rosada aurora comenzaba
Las nubes á bordar de mil labores,
Y á la usada labranza despertaba
La miserable gente y labradores,
Ya á los marchitos campos restauraba
La frescura perdida y sus colores,
Aclarando aquel valle la luz nueva,
Cuando Caupolican viene á la prueba.

Con un desden y muestra confiada
Asiendo del troncon duro y nudoso,
Como si fuera vara delicada
Se le pone en el hombro poderoso:
La gente enmudeció maravillada
De ver el fuerte cuerpo tan nervoso:
La color á Lincoya se le muda
Poniendo en su vitoria mucha duda.

El bárbaro sagaz despacio andaba,
Y á toda prisa entraba el claro dia;
El sol las largas sombras acertaba,
Mas él nunca descrece en su porfia;
Al ocase la luz se retiraba,
Ni por eso flaqueza en él habia;
Las estrellas se muestran claramente,
Y no muestra cansancio aquel valiente.

Salió la clara luna á ver la fiesta,
Del tenebroso albergue húmedo y frio,
Desocupando el campo y la floresta
De un negro velo, lóbrego y sombrío:
Caupolican no alfoja de su apuesta;
Antes con nueva fuerza y mayor brio
Se mueve y representa de manera,
Como si peso alguno no trujera.

Por entre dos altísimos ejidos
La esposa de Titon ya parecia,
Los dorados cabellos esparcidos
Que de la fresca helada sacudia,
Con que á los mustios prados florecidos
Con el húmedo humor reverdecia,
Y quedaba engastado así en las flores
Cual perlas entre piedras de colores.

El carro de Faeton sale corriendo
Del mar por el camino acostumbrado;
Sus sombras van los montes recogiendo
De la vista del sol, y el esforzado
Varon el grave peso sosteniendo
Acá y allá se mueve no cansado,
Aunque otra vez la negra sombra espesa
Tornaba á parecer corriendo á priesa.

La luna su salida provechosa
Por un espacio largo dilatada:
Al fin turbia, encendida y perezosa,
De rostro y luz escasa se mostraba;
Paróse al medio curso mas hermosa
A ver la extraña prueba en qué paraba;
Y viéndola en el punto y ser primero,
Se derribó en el ártico hemisfero:

Y el bárbaro en el hombro la gran viga
Sin muestra de mudanza y pesadumbre,
Venciendo con esfuerzo la fatiga,
Y creciendo la fuerza por costumbre.
Apolo en seguimiento de su amiga
Tendido habia los rayos de su lumbre,
Y el hijo de Leocan en el semblante
Mas firme que al principio y mas constante.

Era salido el sol cuando el enorme
Peso de las espaldas despedia,
Y un salto dió en lanzándole disforme

Mostrando que aun mas ánimo tenia.
 El circunstante pueblo en voz conforme
 Pronunció la sentencia y le decia :
 «Sobre tan firmes hombros descargamos
 El peso y grande carga que tomamos.»

El nuevo juego y pleito difinido
 Con las mas ceremonias que supieron ,
 Por sumo capitan fué recibido ,
 Y á su gobernacion se sometieron :
 Creció en reputacion ; fué tan temido
 Y en opinion tan grande le tuvieron ,
 Que ausentes muchas leguas dél temblaban
 Y casi como á rey le respetaban.

Es cosa en que mil gentes han parado ,
 Y están en duda muchos hoy en dia ,
 Pareciéndoles que esto que he contado
 Es alguna ficcion ó fantasía ,
 Pues en razon no cabe , que un senado
 De tan gran disciplina y policia
 Pusiese una eleccion de tanto peso
 En la robusta fuerza y no en el seso.

Sabed que fué artificio , fué prudencia
 Del sábio Colocolo , que miraba
 La dañosa discordia y diferencia ,
 Y el gran peligro en que su patria andaba :
 Conociendo el valor y suficiencia
 Deste Caupolican que ausente estaba ,
 Varon en cuerpo y fuerzas extremado ,
 De rara industria y ánimo dotado.

Así propuso astuta y sábiamente
 Para que la eleccion se dilatase ,
 La prueba al parecer impertinente
 En que Caupolicano se extremase ;
 Y en esta dilacion, secretamente
 Dándole aviso , á la eleccion llegase ,
 Trayendo así el negocio por rodeo
 A conseguir su fin y buen deseo.

Celebraba con pompa allí el senado
 De la justa eleccion la fiesta honrosa ;
 Y el nuevo capitan, ya con cuidado
 De dar principio á alguna grande cosa ,
 Manda á Palta , sargento , que callado
 De la gente mas presta y animosa

Ochenta diestros hombres aperciba ,
 Y á su cargo apartado los reciba.
 Fueron pues escogidos los ochenta
 De mas esfuerzo y menos conocidos ;
 Entre ellos dos soldados de gran cuenta ,
 Por quien fuesen mandados y regidos :
 Hombres diestros , usados en afrenta ,
 A cualquiera peligro apercibidos ;
 El uno se llamaba Cayeguano ,
 El otro Alcatipay de Talcaguano.

Tres castillos los nuestros ocupados
 Tenian para el seguro de la tierra ,
 De fuertes y anchos muros fabricados ,
 Con foso que los cife en torno y tierra ,
 Guarnecidos de pláticos soldados
 Usados al trabajo de la guerra :
 Caballos , bastimento , artilleria ,
 Que en espesas troneras asistia.

Estaba el uno cerca del asiento
 Adonde era la fiesta celebrada ,
 Y el araucano ejército contento ,
 Mostrando no tener al mundo en nada ,
 Que con discurso vano y movimiento
 Quería llevarlo todo á pura espada ;
 Pero Caupolican mas cuerdamente
 Trataba del remedio conveniente.

Habia entre ellos algunas opiniones
 De cercar el castillo mas vecino :
 Otros , que con formados escuadrones
 A Penco enderezasen el camino :
 Dadas de cada parte sus razones ,
 Caupolican en nada desto vino ;
 Antes al pabellon se retiraba ,
 Y á los ochenta bárbaros llamaba.

Para entrar el castillo fácilmente
 Les da industria y manera disfrazada
 Con expresa instruccion , que plaza y gente
 Metan á fuego y á rigor de espada ;
 Porque él luego tras ellos diligente
 Ocupará los pasos y la entrada :
 Despues de haberlos bien amonestado
 Pusieron en efecto lo tratado.

Era en aquella plaza y edificio

La entrada á los de Arauco defendida ,
 Salvo los necesarios al servicio
 De la gente española, estatuida
 A la defensa della y ejercicio
 De la fiera Belona embravecida ;
 Y así los cautos bárbaros soldados
 De feno , yerba y leña iban cargados.
 Sordos á las demandas y preguntas
 Siguen su intento y el camino usado ,
 Las cargas en hilera y órden juntas ,
 Habiendo entre los haces sepultado
 Astas fornidas de ferradas puntas ;
 Y así contra el castillo decuidado
 Del encubierto engaño caminaban ,
 Y en los vedados limites entraban.
 El puente , muro y puerta atravesando
 Miserables , los gestos afligidos ,
 Algunos de cansados cojeando ,
 Mostrándose marchitos y encogidos ;
 Pero dentro las cargas desatando ,
 Arrebatan las armas atrevidos
 Con amenaza , orgullo y confianza
 De la esperada y súbita venganza .
 Los fuertes españoles salteados ,
 Viendo la airada muerte tan vecina ,
 Corren presto á las armas alterados
 De la extraña cautela repentina :
 Y á vencer ó morir determinados ,
 Cuál con celada , cuál con coracina ,
 Salen á resistir la furia insana
 De la brava y audaz gente araucana.
 Asáltanse con ímpetu furioso ,
 Suenan los hierros de una y otra parte ;
 Allí muestra su fuerza el sanguinoso
 Y mas que nunca embravecido Marte :
 De vencer cada uno deseoso
 Buscaba nuevo modo , industria y arte
 De encaminar el golpe de la espada
 Por do diese á la muerte franca entrada .
 La saña y el coraje se renueva
 Con la sangre que saca el hierro duro :
 Ya la española gente á la india lleva
 A dar de las espaldas en el muro :

Ya el infiel escuadron con fuerza nueva
 Cobra el perdido campo mal seguro ,
 Que estaba de los golpes esforzados
 Cubierto de armas , y ellos desarmados.
 Viéndose en tanto estrecho los cristianos,
 De temor y vergüenza constreñidos,
 Las espadas aprietan en las manos ,
 En ira envueltos y en furor metidos:
 Cargan sobre los fieros araucanos
 Por el ímpetu nuevo enflaquecidos ;
 Entran en ellos , hieren y derriban,
 Y á muchos de cuidado y vida privan.
 Siempre los españoles mejoraban
 Haciendo fiero estrago y tan sangriento
 En los osados indios, que pagaban
 El poco seso y mucho atrevimiento :
 Casi defensa en ellos no hallaban,
 Pierden la plaza y cobran escarmiento,
 Al fin de tal manera los trataron
 Que fuera de los muros los lanzaron.
 Apenas Cayeguan y Talcaguano
 Salian , cuando con paso apresurado
 Asomó el escuadron Caupolicano
 Teniendo el hecho ya por acabado ;
 Mas viendo el esperado efecto vano
 Y el puente del castillo levantado,
 Pone cerco sobre él con juramento
 De no dejarle piedra en el cimientio.
 Sintiendo un español mozo que habia
 Demasiado temor en nuestra gente,
 Mas de temeridad que de osadía
 Cala sin miedo y sin ayuda el puente ;
 Y puesto en medio dél alto decia:
 «Salga adelante, salga el mas valiente:
 Uno por uno á treinta desaffo,
 Y á mil no negaré este cuerpo mio.»
 No tan presto las fieras acudieron
 Al bramar de la res desamparada,
 Que de léjos sin órden conocieron
 Del pueblo y moradores apartada,
 Como los araucanos cuando oyeron
 Del valiente español la voz osada,
 Partiendo mas de ciento presurosos

Del lance y cierta presa codiciosos.

No porque tantos vengan temor tiene
El gallardo español, ni esto le espanta;
Antes al escuadron que espeso viene
Por mejor recibirle se adelanta:
El curso enfrena, el impetu detiene
De los fieros contrarios, que con tanta
Furia se arroja entre ellos sin recelo,
Que rodaron algunos por el suelo.

De dos golpes á dos tendió por tierra
La espada revolviendo á todos lados ;
Aquí esparce una junta, y allí cierra
Adonde ve los mas amontonados :
Igual andaba la desigual guerra,
Cuando los españoles bien armados
Abriendo con presteza un gran postigo
Salen á la defensa del amigo.

Acuden los contrarios de otra parte,
Y en medio de aquel campo y ancho llano
Al ejercicio del sangriento Marte
Viene el bando español y el araucano:
La primera batalla se desparte,
Que era de ciento á un solo castellano;
Vuelven el crudo hierro no teñido
Contra los que del fuerte habian salido.

Arrójanse con furia, no dudando,
En las agudas armas por juntarse;
Y con las duras puntas van tentando
Las partes por do mas pueden dañarse:
Cual los Ciclopes suelen martillando
En las vulcanas yunques fatigarse,
Así martillan, baten y cercenan,
Y las cavernas cóncavas atruenan.

Andaba la vitoria así igualmente;
Mas gran ventaja y diferencia habia
En el número y copia de la gente,
Aunque el valor de España lo suplía;
Pero el soberbio bárbaro impaciente
Viendo que un nuestro á ciento resistía,
Con diabólica furia y movimiento
Arranca á los cristianos del asiento.

Los españoles sin poder sufrillo
Dejan el campo, y de tropel corriendo

Se lanzan por las puertas del castillo,
Al bárbaro la entrada resistiendo:
Levan el puente, calan el rastrillo,
Reparos y defensas previniendo:
Suben tiros y fuegos á lo alto,
Temiendo el enemigo y fiero asalto.
Pero viendo ser todo perdimiento
Y aprovecharles poco, ó casi nada,
De voto y de comun consentimiento
Su clara destruicion considerada,
Acuerdan de dejar el fuerte asiento;
Y así en la oscura noche deseada
Cuando se muestra el mundo mas quieto
La partida pusieron en efeto.

A punto estaban y á caballo, cuando
Abren las puertas derribando el puente,
Y á los prestos caballos aguijando
El escuadron embisten de la frente:
Rompen por él, hiriendo y tropellando,
Y sin hombre perder dichosamente
Arriban á Puren, plaza segura,
Cubiertos de la noche y sombra oscura.

Mientras esto en Arauco sucedia,
En el pueblo de Penco mas vecino
Que á la sazón en Chile florecia,
Fértil de ricas minas de oro fino,
El capitán Valdivia residia,
Donde la nueva por el aire vino
Que afirmaba con término asignado
La alteracion y junta del estado.

El comun siempre amigo de ruido,
La libertad y guerra deseando,
Por su parte alterado y removido
Se va con este son desentonando ;
Al servicio no acudé prometido,
Sacudiendo la carga, y levantando
La soberbia cerviz desvergonzada,
Negando la obediencia á Cárlos dada.

Valdivia perezoso y negligente,
Incrédulo, remiso y descuidado,
Hizo en la Concepcion copia de gente,
Mas que en ella en su dicha confiado :
El cual si fuera un poco diligente,

Hallara en pié el castillo arruinado,
 Con soldados, con armas, municiones,
 Seis piezas de campaña y dos cañones.

Tenia con la Imperial concierto hecho
 Que alguna gente armada le enviase,
 La cual á Tucapel fuese derecho,
 Donde con él á tiempo se juntase :
 Resoluto de hacer allí de hecho
 Un ejemplar castigo que sonase
 En todos los confines de la tierra,
 Porque jamás moviesen otra guerra.

Pero dejó el camino provechoso ;
 Y descuidado dél torció la via
 Metiéndose por otro codicioso,
 Que era donde una mina de oro habia :
 Y de ver el tributo y don hermoso
 Que de sus ricas venas ofrecia,
 Paró de la codicia embarazado,
 Cortando el hilo próspero del hado.

A partir, como dije antes, llegaba
 Al concierto en el tiempo prometido ;
 Mas el metal goloso que sacaba
 Le tuvo á tal sazón embebecido :
 Despues salió de allí, y se apresuraba
 Cuando fuera mejor no haber salido :
 Quiero dar fin al canto, porque pueda
 Decir de la codicia lo que queda.

CANTO III.

Valdivia con pocos españoles y algunos indios amigos camina á la casa de Tucapel para hacer el castigo. Mátanle los araucanos los corredores en el camino en un paso estrecho, y dánle despues la batalla, en la cual fué muerto él y toda su gente por el gran esfuerzo y valentía de Lautaro.

¡ Oh incurable mal ! ¡ oh gran fatiga
 Con tanta diligencia alimentada !
 ¡ Vicio comun y pegajosa liga,
 Voluntad sin razon desenfadada,
 Del provecho y bien público enemiga,
 Sedienda bestia, hidrópica, hinchada,
 Principio y fin de todos nuestros males,
 Oh insaciable codicia de mortales !
 No en el pomposo estado á los señores
 Contentos en el alto asiento vemos,
 Ni á pobrecillos bajos labradores
 Libres desta dolencia conocemos ;
 Ni el deseo y ambicion de ser mayores
 Que tenga fin y limite sabemos :
 El fausto, la riqueza y el estado
 Hincha, pero no harta al mas templado.

A Valdivia mirad, de pobre infante,
 Si era poco el estado que tenia,
 Cincuenta mil vasallos que delante
 Le ofrecen doce marcos de oro al dia :
 Esto y aun mucho mas no era bastante,
 Y así la hambre allí lo detenia :
 Codicia fué ocasion de tanta guerra,
 Y perdicion total de aquesta tierra.
 Esta fué quien halló los apartados
 Indios de las antárticas regiones ;
 Por esta eran sin orden trabajados
 Con dura imposicion y vejaciones ;
 Pero rotas las cinchas de apretados